



DICIEMBRE
2024 - Nº184



Adoradores

Revista de espiritualidad, información y promoción Eucarística.



Culto eucarístico:

Todo cuanto hay de bello, precioso y honroso debe servir para honrar a Jesús, al Dios de la Eucaristía y tributarle homenajes exteriores. Pag 8 a 15

Retiros para Adoradores

¿Quieres participar del próximo retiro, encender el fuego eucarístico y hacer bien la adoración...?



Únete a nuestros grupos de WhatsApp y Telegram y te enterarás primero.

Escríbenos:   +5493816977397



¡Despierta!, pues por ti Dios se hizo hombre

El se hizo Hijo del hombre para que nosotros nos convirtiéramos en 'hijos'.

La Navidad es el encuentro con un recién nacido que llora en una cueva miserable.

Contemplándolo en el pesebre, ¿cómo no pensar en tantos niños que también hoy, en muchas regiones del mundo, nacen en una gran pobreza? ¿Cómo no pensar en los recién nacidos que no son acogidos sino rechazados, en los que no logran sobrevivir por falta de cuidados y atenciones? ¿Cómo no pensar también en las familias que quisieran tener la alegría de un hijo y no ven cumplida esta esperanza? Por desgracia, por el impulso de un consumismo hedonista, la Navidad corre el riesgo de perder su significado espiritual para reducirse a una mera ocasión comercial de compras e intercambio de regalos. Sin embargo, en realidad, las dificultades, las incertidumbres y la misma crisis económica que en estos meses están viviendo tantas familias, y que afecta a toda la humanidad, pueden ser un estímulo para volver a descubrir el calor de la sencillez, la amistad y la solidaridad, valores típicos de la Navidad. Así, sin las incrustaciones consumistas y materialistas, la Navidad puede convertirse en una ocasión para acoger, como regalo personal, el mensaje de esperanza que brota del misterio del



nacimiento de Cristo. Todo esto, sin embargo, no basta para captar en su plenitud el valor de la fiesta a la que nos estamos preparando.

Nosotros sabemos que en ella se celebra el acontecimiento central de la historia: la Encarnación del Verbo divino para la redención de la humanidad.

Papa Benedicto XVI



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado

que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S.

Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado.

Padre Celestial, te los

agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo

honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias

sobre todo por haberme

redimido.

Por haberme hecho cristiano

mediante

el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por

protector a san José,

tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado

hasta ahora la vida para

hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, perseverare en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

A



Culto eucarístico

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

El fin de la vida religiosa es tributar a Jesús en el santísimo Sacramento el culto de honor más grande, santo y litúrgico que sea posible.

El culto más grande

El culto eucarístico es el más grande por el solemne servicio de la exposición donde Jesús es honrado como rey inmortal de los siglos, a quien son debidos todo honor y toda gloria.

Todo se eclipsa delante del Sol de amor; en presencia del rey los honores no se tributan al ministro; ante el gran Señor, el siervo no es nada.

Todo cuanto hay de bello, precioso y honroso debe servir para honrar el trono divino de Jesús. Él es el único dueño de todo. Y si determinada orden religiosa poseyera todos los diamantes, todo el oro y todas las coronas del mundo, lo único digno de estima

que en todo eso viera sería la dicha de ofrecerlo y consagrarlo a la gloria de su dueño, pues todo eso le pertenece.


El culto más santo

El cuerpo debe honrar al Dios de la Eucaristía y tributarle homenajes exteriores.

Homenaje de respeto, componiéndose muy modesta y decentemente en su divina presencia, evitando toda actitud y todo acto que uno no se permitiría delante de un hombre honrado, y con mayor razón delante de un soberano.

Homenaje de piedad, practicando con gran espíritu de fe y de amor todas las ceremonias externas, las genuflexiones, postraciones y reverencias prescritas, las cuales vienen a ser una exteriorización del acto de adoración, que interiormente hace el corazón, y una pública profesión de fe.

Homenaje de virtud, honrando así



“Todo se eclipsa delante del Sol de amor; en presencia del rey los honores no se tributan al ministro; ante el gran Señor, el siervo no es nada”.

al Señor en todas partes, así en público como en privado, lo mismo en la calle como en el templo; adorándole postrado cuando pasa en viático, lo mismo que cuando está sentado en su trono. Dondequiera es el rey y el Dios de mi corazón y de mi vida.

El culto más litúrgico

La santa Iglesia, inspirada siempre por el Espíritu Santo, ha regulado el culto debido a su divino Esposo, a Jesucristo en el santísimo Sacramento, y este culto es el único verdadero, santo y agradable.

La santa Iglesia, celosa del honor y de la gloria de su rey, ha regulado hasta los menores detalles de su culto, porque en su servicio todo es grande y divino.

Por lo cual, el primer deber de una orden religiosa y de todos sus miembros es estudiar las rúbricas y las cere-

monias de la Iglesia, observarlas con exacta fidelidad y hacer que todos las observen y estimen. Honrando así a la divina Eucaristía, la honro juntamente con toda la Iglesia y con todos los santos. De este modo mi homenaje se funde con el de la Iglesia, resultando un mismo culto con el suyo, y sus merecimientos suplen a mi indignidad y su perfección a mi flaqueza. Mi culto será así verdaderamente católico.

Este culto debe ser, además, una expiación por tantas irreverencias y faltas como he cometido en el lugar santo, y una reparación por tantas profanaciones, injurias y sacrilegios como incesantemente se cometen contra el adorable Sacramento por tantos malos cristianos. Debe ser una protesta contra la incredulidad y una pública profesión de mi fe y de mi vocación a la mayor gloria de Jesús, hostia de amor y alabanza.



La adoración

Invitación a hacer de la contemplación eucarística el centro de su vida.

La adoración eucarística es el acto regio y soberano de la vida religiosa; todo en la vida del religioso debe prepararle, adornarle o perfeccionarle para la adoración. Todo debe sujetarse y subordinarse a este divino ejercicio, porque es el acto religioso más excelente, santo y justo de su vocación y de su vida.

El acto más excelente

Adorar es compartir la vida de María en la tierra cuando le adoraba en su seno virginal, en el pesebre, en la cruz, o en la divina Eucaristía. Adoración fue toda su vida en la tierra.

¡Cuán pura e inflamada, santa y perfecta, era su adoración! Para agradar a Jesucristo el adorador debe adorar con María y por María.

Adorar es participar de la vida de las grandes almas; toda la felicidad consistía para ellas en estar al pie del divino Sagrario para adorar al Dios oculto y tributarle toda la gloria y todo el amor de que eran capaces. Ellos no estimaban la vida más que por el Sagrario, y no vivían más que para sumergirse y consumirse en llamas de amor.

Adorar es llevar la vida de los santos en el cielo, alabando y bendiciendo eternamente la bondad, el amor, la gloria, el poder y la divinidad del cordero inmolado por la salvación de los hombres y la mayor gloria de Dios Padre.

¡Qué dicha comenzar en la tierra lo

que eternamente haremos al pie del trono de Dios!

¡Qué dicha componer la corte eucarística de Jesucristo en la tierra, estar siempre con su adorable persona, ser miembro de su guardia divina y vivir ya en la tierra de la vida celestial!

Adorar es el acto supremo de la virtud de religión, que por sí sola reemplaza los actos de las demás virtudes y posee la virtud de todos los actos y es su fin.

¡Bendita por siempre sea la divina bondad de mi Dios que me ha llamado a la vocación eucarística, que me da la gracia y me pone en condiciones de ser adorador por estado y por deber, mientras que los demás fieles no lo son más que como de paso y por intervalos!

¿Qué le pagaré al Señor?... Tomaré la copa de la salvación e invocaré el nombre del Señor.

El acto más santo

No me es posible nada más santo que la adoración eucarística.

Es ella ejercicio perfecto de todas las virtudes.

1.º De la fe: La cual es completa y perfecta cuando adoro a Jesucristo oculto, velado y como anonadado en la sacratísima hostia. Me someto entonces y adoro con todas mis facultades y con todos los sentidos y únicamente a impulsos de la fe.

2.º De la piedad interior y exterior:



“[Los santos] no estimaban la vida más que por el Sagrario, y no vivían más que para sumergirse y consumirse en llamas de amor”.

Enteramente concentrada en el Dios oculto, adorando por la súplica, por la oración, el culto, el respeto; por el anonadamiento, si posible fuera, de mí mismo; por la humildad, la penitencia, la pureza y todas las demás virtudes.

3.º Del amor: Como el amor es toda la ley, toda ella la cumplo al adorar a mi Dios y Señor en el Santísimo Sacramento con toda mi mente, todo mi corazón, toda mi alma y con todas mis fuerzas.

4.º De la caridad: Adorando puedo practicar la caridad perfecta para con el prójimo, orando por él, haciéndome medianero suyo, víctima por su salvación e implorando en su favor las gracias y misericordias de mi Salvador. Nada hay, por tanto, más santo que la adoración.

El acto más justo

Jesucristo merece adoración dondequiera que esté; luego debo adorarle en la sagrada Hostia.

Jesucristo está para mí en el santísimo Sacramento; para que no sea un in-

grato y un impío, es justo que vaya a tributarle mis homenajes. ¿Qué se diría de un hombre que recibiese la visita de un soberano y le dejase solo en casa, sin tributarle honores ni homenajes?

Debo adorar a Jesucristo por mí mismo, que tal es mi servicio y mi vocación; si no lo hiciera, sería siervo infiel y perezoso y bien merecida tendría la suerte del siervo malo del evangelio.

Debo adorar a Jesucristo como sacerdote, por el poder del sacerdocio; puesto que le he puesto sobre el altar, como María en el pesebre, ¿no es razón que como ministro suyo le rinda perpetuos homenajes?

Debo adorar a Jesucristo por aquellos que no le adoran, le abandonan, le olvidan, le menosprecian y le ofenden.

Si de veras amo a mi Señor, ¿no es justo que tenga cuidado de compensar con un servicio más abnegado de tantas ofensas como recibe y, como san Pedro, le diga: “Señor, aun cuando todos los demás os abandonen, yo nunca os abandonaré”? Con Vos quiero vivir y morir.



Apóstol eucarístico

El autor propone dar a conocer la Eucaristía para establecer su reinado en el mundo.

Los religiosos no deben contentarse con adorar, amar y servir por sí mismos al Dios de la Eucaristía. Si no que, llevados del celo por su gloria, deben esforzarse también por hacer que le amen, adoren y sirvan todos los hombres y que en todas partes se le levante un trono y se le junten adoradores fieles.

Apóstol del fuego eucarístico

“Fuego vine a traer al mundo, y todo mi deseo es que abrase al universo entero”, dijo Jesús.

Ahora bien, según san Juan Crisóstomo, este divino fuego es la Eucaristía: *carbo est Eucharistia que nos inflammat* (La Eucaristía es el carbón que nos enciende). Los incendiarios de “este fuego eucarístico son todos aquellos que aman a Jesús, pues el amor verdadero apetece el reinado y la gloria del Amado”. La Eucaristía es el reinado de Jesucristo en el mundo, y más aún en los corazones de sus hijos.

Tal es la bella y amable misión del religioso. Su verdadero nombre,

gracia y virtud es ser discípulo y apóstol del amor eucarístico.

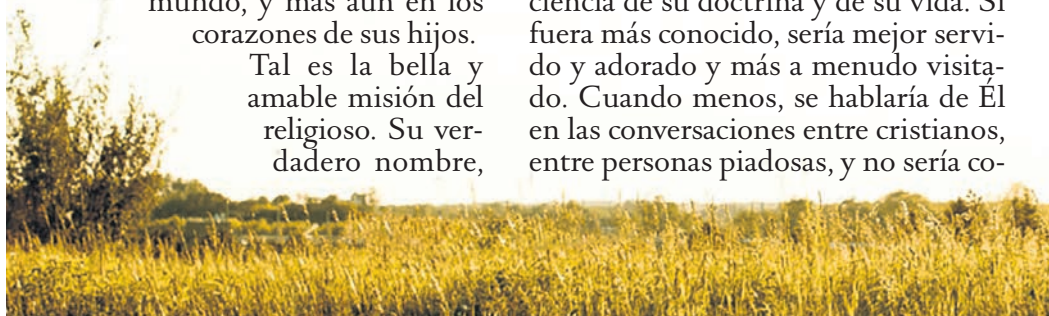
Mas ¿cuáles son las obras de este apostolado eucarístico? Todo aquello que pueda redundar en gloria del Dios de la Eucaristía es objeto de su celo y todo puede referirse al servicio de Jesús en el santísimo Sacramento, que de todo es Él gracia y objeto.

El amor no tiene más que una ciencia, un lenguaje, un deseo, un placer, que es hacer que Jesucristo sea conocido, amado y servido en la sagrada Eucaristía.

Darlo a conocer

Darlo a conocer a los que no le conocen, enseñarlo a los niños, a los hombres necios e ignorantes, revelarlo más plenamente a los que le conocen ya, y eso por las obras del catecismo, de los ejercicios espirituales, las Semanas Eucarísticas, etc.

Nuestro Señor no es conocido ni siquiera de los que parecen poseer la ciencia de su doctrina y de su vida. Si fuera más conocido, sería mejor servido y adorado y más a menudo visitado. Cuando menos, se hablaría de Él en las conversaciones entre cristianos, entre personas piadosas, y no sería co-





mo un Dios muerto y sepultado, como un Dios desconocido. Ya no se atreve uno a pronunciar su nombre en público. Desgraciadamente Jesucristo casi no es más que un extranjero en medio de los suyos.

Por eso mismo hay que revelarle, manifestarle y llevarle sus hijos pródigos.

Trabajar para que sea amado

Fuerza es trabajar para que sea amado. Por el amor divino hay que volver los pueblos a la virtud, a la religión y a la fe.

No hay medio más eficaz y acaso sea el único que nos queda para combatir la indiferencia que reina en el mundo y conquista hasta los corazones de los fieles.

Hay que atacar con este fuego divi-

no el frío que paraliza los corazones y los miembros de la sociedad.

Mostrando el amor de Jesucristo, se despertará en los corazones aletargados el sentimiento del amor y la necesidad de la virtud.

Si se ven constreñidos a practicar actos de adoración al pie del santísimo Sacramento, se convertirán en adoradores en espíritu y en verdad.

Hay que urgir, empujar, llevar a viva fuerza los convidados a las bodas del rey.

Una vez que hayan gustado lo dulce que es el Señor y hayan hecho un acto de adoración, la gracia acabará lo demás.

Mas un apostolado así requiere varones de ánimo valeroso, dispuestos a abrazar la locura de la cruz para tener la virtud de la misma, prestos a afrontar

las humillaciones y los desprecios de los prudentes del siglo, para que Jesucristo sea amado y glorificado; pues es ésta toda la recompensa que ellos deben desear.

¡A vos, Señor, amor, alabanza y gloria; para mí el olvido, el menosprecio y la humillación!

¡Reinad..., que estoy satisfecho de morir!

“Mas un apostolado así requiere varones de ánimo valeroso, dispuestos a abrazar la locura de la cruz para tener la virtud de la misma”.





Amor a la Eucaristía

**Hacer de Jesús Sacramentado el motivo de los actos,
de los sacrificios y de toda la vida.**

El amor a Jesús es el que debe formar a un religioso. El amor debe ser móvil de todos sus actos, centro de su vida y fin de todos sus sacrificios.

Móvil de todos sus actos

El amor a Jesucristo debe inspirarlos. Da gusto pensar en lo que se ama, y este delicioso pensamiento llega a ser compañero inseparable de la vida.

El amor debe ser la gracia de los mismos. La gracia de cada uno es conforme a su vocación, y la vocación eucarística es toda de amor, como lo es también su fin.

El amor debe ser la regla de todos los actos, por lo mismo que debe ser supremo en el religioso. Todas las virtudes tienen que estar al servicio del amor como otras tantas siervas suyas, no siendo más que ejercicio y prueba del mismo, de igual modo que la fidelidad, la abnegación y la piedad filial son fruto del amor de un buen criado, de un buen hijo.

En el religioso la virtud regia debe ser el amor, pero amor soberano que viva de todas las virtudes y pueda llamarse amor humilde, amor manso, amor paciente, amor mortificado, amor caritativo.

Por lo cual, cuando tuviere que practicar la humildad, la caridad, la abnegación o la pobreza, me bastará

con hacer un acto de amor de Dios especificándolo por el acto de la virtud que deba practicar. Como si dijera: “Te amo, Dios mío, de todo mi corazón, y, para probártelo, voy a hacer este acto de humildad”. De esta manera mi vida se simplifica en el amor, y del amor puedo ir a todo, así como todo alimenta y vigoriza en mí ese amor.

Así obraba san Pablo: “¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación? ¿O la angustia? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O la espada? En medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo nuestro Señor” (Rom 8, 35-38).

El amor, centro de vida

Un centro de vida donde el alma tome descanso, se complazca, consuele y regocije, me resulta necesario; ni hay hombre alguno que no lo tenga, ni puede dejar de tenerlo, ya sea una criatura que ame, ya alguna cosa del mundo, ya el mismo Dios.

Cuando el hombre tiene un centro humano, es desdichado, inconstante, culpable: se hace pagano. “Para vos, Señor, nos habéis hecho y nuestro co-



ADORADORES

razón anda inquieto y desasosegado en tanto no descansa en vos”, dice san Agustín.

El centro de vida es reposo, es morada de amor; quien pone este centro en Jesús Sacramentado, hacia Él dirige todos sus pensamientos, estudios y virtudes: su tesoro es Jesús y su corazón en Él permanece.

No se encuentra bien en ninguna parte fuera del santísimo Sacramento; no experimenta alegría, ni placer, ni felicidad si no es en el santísimo Sacramento.

Con la Eucaristía se encuentra en el paraíso; cuando le falta, es el infierno.

Con la Eucaristía todo resulta sabroso y fácil, mientras que sin ella todo es amargo e intolerable.

Con la Eucaristía la vida es amable, e insostenible sin ella: más vale morir.

A este centro de amor se refiere Jesucristo cuando dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él. Permaneced en mí, permaneced en mi amor” (Jn 6, 57).

En este divino centro vivía san Pablo: “Mihi vivere Christus est (Para mí la vida es Cristo)” (Fil 1, 21). “Ya no soy yo quien vivo en mí, sino Jesucristo quien en mí vive” (Gal 3, 20).

Fin de todos los sacrificios

El amor verdadero sólo vive para la persona amada, a la que obsequia con el valor de todos los sacrificios y por la que se sacrifica generosamente.

Agradar al objeto amado es la única recompensa que ambiciona, y morir por él le es un triunfo.

Tal es el fin del religioso: Servir al Señor por amor, sacrificarle noblemente libertad, voluntad, afectos, gloria, salud y vida, y ello en el olvido y menosprecio de los hombres, en pruebas interiores sólo de Dios conocidas, en el sufrimiento sin alivio, en el cansancio sin descanso, en el trabajo sin feliz resultado, en la caridad no correspondida, en la paciencia sin reciprocidad, en la vida de fe sin consolación alguna; y a pesar de todo ello, servir siempre a nuestro Señor con la serenidad de la paz, la alegría del corazón y la fuerza de un amor más fuerte que la muerte; mostrarse feliz y serlo en el sacrificio del amor.

Este es el gran triunfo del amor de Jesucristo en el religioso; es el amor purificado en el crisol, el verdadero amor que se consume para la pura gloria de Dios.



Este es el gran triunfo del amor de Jesucristo en el religioso; es el amor purificado en el crisol, [...] que se consume para la pura gloria de Dios.



Aquí estoy, Señor

Acércate a Jesús, que en el Sagrario te dice: ¡Ven, te espero!



Si ustedes, pudiendo, no comulgan ni visitan el Sagrario todos los días
¿cómo van a dar ganas a los demás de frecuentar el Sagrario?



A cualquier alma que visita a Jesús en el Santísimo Sacramento, le dice el Señor las palabras que dijo a la Sagrada Esposa: “Levántate, date prisa, amiga mía, hermosa mía, y ven. Alma que me visitas, levántate de tus miserias que aquí estoy yo para enriquecerte de gracias. Date prisa, llégate cerca de mí, sin temer mi Majestad, que se humilla en este Sacramento para quitarte el temor y darte confianza. Amiga mía: ya no eres mi enemiga, sino mi amiga, porque me amas y yo te amo. Hermosa mía: la gracia te hermosea. Y ven, ven acá; abrázate conmigo y pídemelo lo que quieras con suma confianza”.

Ya decía santa Teresa que este gran Rey de la Gloria se ha ocultado bajo las especies de pan en el Sacramento y ha cubierto su Majestad, para animarnos a llegar con más confianza a su divino Corazón.

No dudes en acercarte a Jesús Sacramentado con gran confianza y afecto; únete a Él y pídele sus mercedes.

¡Cuál debe ser mi gozo, oh Verbo eterno hecho hombre y Sacramento por mí, sabiendo que estoy delante de Vos, que eres mi Dios, Majestad infinita, infinita bondad, que tanto amor tienes a mi alma! ¡Almas que aman a Dios, dondequiera que estén, en el Cielo o en la tierra, ámenlo también por mí! María, madre mía, ayúdame a amarle; y Vos, Señor amadísimo, sé el único objeto de todos mis amores. Impera en mi voluntad y hazme tuyo por entero.

Mi Señor te consagro mi entendimiento, para que piense siempre en Tu bondad; te consagro mi cuerpo,

para que me ayude a complacerte; te consagro mi alma, para que sea enteramente tuya. Quisiera, amado de mi alma, que todos los hombres conociesen el tierno amor que les tienes, a fin de que todos viviesen sólo para honrarte y complacerte, como deseas y mereces. Viva yo a lo menos siempre enamorado de Tu belleza infinita.

Mi querido Jesús, de hoy en adelante quiero hacer cuanto pueda para agradarte.

Propongo abandonar cualquier cosa que entienda no ser de tu agrado, por mucho trabajo que me cueste, aunque hubiese de perderlo todo, hasta la vida. ¡Dichoso yo si lo perdiese todo para ganarte a Vos, Dios mío!

Queridos adoradores, estemos cerca de nuestro pastor como las ovejas

Procuremos no apartarnos -dice Santa Teresa- ni perder de vista a nuestro amado Pastor Jesús, porque las ovejas que están cerca de su pastor son siempre las más atendidas y regaladas, siempre reciben algún particular bocadillo de lo que él mismo come. Y si acaciere que el pastor duerme, la ovejuela no se aparta de él hasta que se despierta, o le despierta ella misma con sus balidos, para ser entonces de nuevo objeto de sus caricias y regalos.

Redentor mío Sacramentado, aquí estoy cerca de Vos, y no quiero otro regalo que el fervor y perseverancia en vuestro amor.

Gracias te doy, ¡oh, santa fe!, porque me enseñas y aseguras que en el divino Sacramento del Altar, en aquel Pan celestial, no hay pan, sino que allí está realmente mi Señor Jesucristo, y que está por mi amor. Señor mío y todo



ADORADORES



Señor mío... creo que estás presente en el Santísimo Sacramento.

mi bien, creo que estás presente en el Santísimo Sacramento; y aunque desconocido a los ojos de la carne, te reconozco con la luz de la fe, en la Hostia consagrada, por Monarca del Cielo y de la tierra, y Salvador del mundo. ¡Ah, dulcísimo Jesús mío!, así como eres mi esperanza, mi salvación, mi fortaleza y mi consuelo, quiero que seas también mi exclusivo amor y el único blanco de todos mis pensamientos, deseos y afectos. Más me complazco en la suma felicidad de que gozas y gozarás eternamente, que de

todo el bien que yo pudiera alcanzar en el tiempo y en la eternidad.

Mi mayor contento es saber que Vos, amado Redentor mío, eres plenamente dichoso y que Tu felicidad es infinita. Reina, reina, Señor mío, en toda mi alma; te la entrego sin reserva, para que siempre la poseas. Sean mi voluntad, mis sentidos y mis potencias esclavos de Tu divino amor, y no me sirvan en este mundo más que para darte gusto y gloria.

*San Alfonso María de Liguorio/
Adaptación*

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Al teminar la hora santa

Qué bueno es estar
en tu presencia Señor,
¡qué bueno es estar
en el silencio,
sintiendo tu presencia nada más!
Saber que yo te miro
y tú me miras,
saber que tú me entiendes
sin hablar.
Señor, me postro ante Ti
para pedirte paz,
sabiduría y fuerza.
Que pueda mirar a quienes
me rodean con ojos
llenos de amor;
te pido ser paciente,
comprensivo, humilde y suave.
Concédeme ver a las personas detrás
de las apariencias,
como los ves Tú mismo,
para así poder apreciar
la bondad de cada uno.
Cierra mis oídos
a toda murmuración,
guarda mi lengua
de toda maledicencia,
y que sólo los pensamientos
que bendigan
permanezcan en mí.
Revísteme de tu bondad Señor,

y haz que en este día
yo te refleje a Ti,
para que todos
los que se acerquen a mi
sientan tu presencia. Amén.

Villancico al guardar el Santísimo

Ya no verán más mis ojos
cosa que les dé placer
hasta volverte a ver.
Quien llenar pudo el deseo
del bien que en verte se encierra,
¿qué podrá ver en la tierra
que no le parezca feo?
En vos cuanto quiero veo,
y sin vos no hay qué querer
hasta volverte a ver.
Cuando mirándoos estoy,
estoy otro del que fui,
que sin verte no me vi
y mirándoos, veo quién soy,
pues no lo he menester
hasta volverte a ver.
Si te vas, divino manjar,
lleva mis ojos tras vos,
que ojos que vieron a Dios,
¿qué pueden sin Dios mirar?
Verte, Señor, es gozar.
y no verte padecer
hasta volverte a ver.
José de Valdivielso



ADORADORES

Santo del mes: 1/ 12, san Carlos de Foucault

Una vida eucarística

Charles de Foucault no es un teólogo de la Eucaristía, pero hizo una gran Eucaristía con toda su vida.



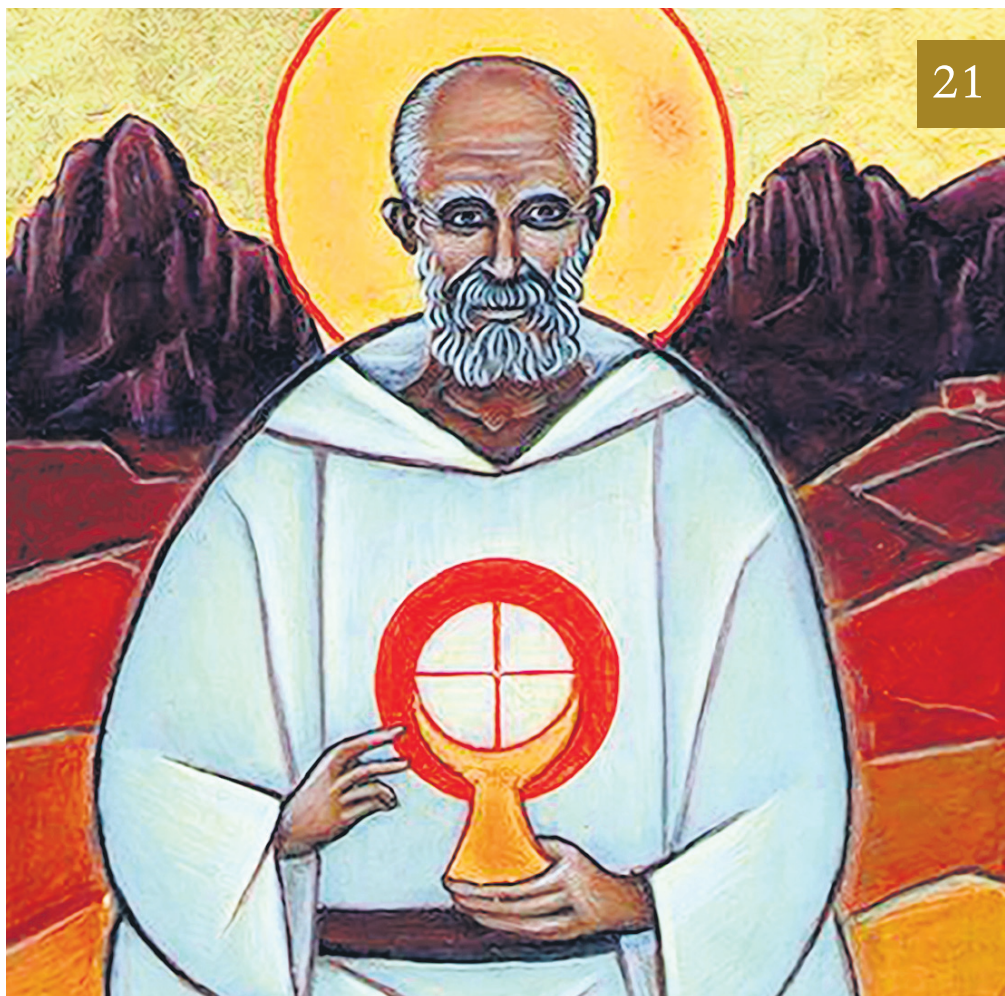
Breve biografía

Foucault nació en Estrasburgo, Francia, en 1858, quedó huérfano a los 6 años, y de adolescente, pierde la fe. Emprende una exploración a Marruecos donde encuentra a Dios y se convierte. Luego de peregrinar a Tierra Santa, descubre su vocación y se ordena sacerdote. De profunda vida eucarística, a los 43 años va al desierto en medio de los Tuaregs del Hoggar (pueblo nómada), para atender a los más alejados y abandonados. En 1916, muere asesinado por una banda de los Tuaregs. Fue canonizado en 2022. En la actualidad la familia espiritual que nació luego de su muerte cuenta con más de 15.000 miembros en todo el mundo.

Luego de llevar una vida libertina, Carlos se convierte y su vida da un vuelco de tal manera que le llevará por caminos insospechados, especialmente porque crece en él su gran amor a la Eucaristía y a María Santísima. Foucault quiere seguir e imitar a Cristo hasta el final.

Eucaristía y martirio

Durante toda su vida Charles permitió que creciera en él la sed, la expectativa, el deseo de morir mártir. “Vive hoy, como si fuera a morir mártir esta noche”, éste deseo íntimo es la expresión de una larga y profunda identificación con Cristo. Es un deseo, propiamente hablando, “eucarístico”, que tiene sus raíces en la gran tradición de la Iglesia primitiva... El martirio es la participación más última y más perfecta en la Eucaristía del Señor. (cf. san Ignacio de Antioquía: “Yo soy el trigo de Dios. Debo ser molido por los dientes de las bestias para encontrar pan puro para Cristo”...) Y toda la vida de san Carlos parece culminar en esta muerte violenta, en la puerta de su ermita en Tamanrasset, donde su cuerpo cae en la arena, como una vida entregada, pero entregada por Cristo. Murió perdonando a sus agresores, como Jesús en la cruz.



Foucault cree que Cristo es el primer evangelizador. Permanece en oración a los pies de Jesús, ante el sagrario, durante unas diez horas al día, seguro de que allí reside el poder de la evangelización.

Frases eucarísticas del santo para meditar

- Adorar la Sagrada Hostia debería ser el fondo de la vida de todo ser humano.

-Por muy triste que me sienta cuando me arrodillo a los pies del altar y digo a nuestro Señor Jesús: “Señor, tú eres infinitamente feliz y no careces de nada”, no puedo dejar de añadir: “Entonces también yo soy feliz y no carezco de nada. Tu felicidad es suficiente para mí”. Esto es cierto y tiene que ser así, si amamos a nuestro Señor.

-Puesto que Vos estás siempre

con nosotros en la Sagrada Eucaristía, estemos nosotros siempre con ella, hagámosle compañía a los pies del Sagrario, que por nuestra culpa no perdamos ni un solo momento de los que pasamos ante él; Dios está allí ¿qué podríamos ir a buscar a otra parte?

-Delante del Santísimo no puedo hacer oración durante mucho tiempo. Mi estado es extraño: todo me parece vacío, hueco, nulo, sin medida, excepto estar a los pies de Nuestro Señor y mirarle... (Fuente: Agencias)